



No lo sentí como una afrenta a la mujer, por el contrario, me embargó una alegría celebratoria, un sentimiento de hermandad jubilosa. Me pareció maravilloso que ella, la filósofa, sabia y rigurosa, se mostrara desnuda al fotógrafo que captó ese gesto gracioso del cuerpo, las manos bordando el chignon acostumbrado, los tacones que le otorgan a la foto un aire transgresor, travieso. No hay misterios, nada de misterios que los hombres se empeñan en fabricar para poder reducir a las mujeres a ser sólo objetos, según ella decía. Así, sin pudor, bella en su desnudez imperfecta, con la atracción que otorga el desparpajo, Simone nos muestra la posibilidad del goce sin explicaciones ni pacaterías, uniendo al modelo de la mujer pensante el de la mujer sensual y atrevida que no titubea en ser dueña y señora de su propia vida.

